

Antonio Garrigues Walker
Jurista

¿Y ahora qué?

El futuro –como, en su día, dijeron los filósofos franceses– “ya no es lo que era”. Después de muchos años –casi quince– de un crecimiento económico continuado en el mundo occidental, se inicia ahora una época previsiblemente dura y difícil que va a poner a prueba la capacidad de acción y reacción de todos los países que representan el mundo rico. Nadie –absolutamente nadie– se va a salvar de este exigente test que va a afectar no sólo a las estructuras económicas sino también a las morales. ¿Qué hacer ahora y cómo hacerlo? El único remedio es, sin duda, afrontar la realidad, asumirla en todos los aspectos y con todas las consecuencias. Engañarse es mal oficio. Es el peor error.

Pero una vez hecho ese ejercicio de realismo habrá, también, que generar el clima adecuado para manejar las dificultades que se van presentando. El papel de la mente va a ser decisivo. No podemos dejarnos dominar por lo que los portugueses denominan el “complejo del Titanic”.

España, en concreto, no tiene razón alguna para el desánimo y el pesimismo. En los últimos treinta años hemos producido una transición política que nos ha conducido, paso a paso, a un enriquecimiento democrático, social, cultural y económico admirable y a un cambio profundo y positivo de valores y de actitudes auténticamente revolucionario. No vamos a perder todo ello. No podemos tolerarnos ese lujo decadente y necio. No nos merecemos tanto desatino.

Habrà, por de pronto, que adoptar y desarrollar medidas y estrategias económicas. Es ciertamente indispensable. Pero nadie debe pensar que eso es lo más importante y, aún menos, que es lo único importante. Todos los estamentos de la sociedad –¡ay de los que no lo acepten!– tendrán que adaptarse a las nuevas realidades y comprometerse a hacer lo que hay que hacer (igualmente, a no hacer lo que no hay que hacer) en momentos difíciles. Ha llegado la ocasión y la oportunidad de ponerse a prueba como país, como ciudadanía. Como todo el mundo aspire –y algunos ya han empezado a hacerlo– a que la crisis la paguen los demás y renuncie a cualquier sentimiento de solidaridad activa, la situación se degradará inexorablemente.

Un estamento clave, en esta situación, va a ser el estamento político. La idea de reproducir en esta legislatura, con el mismo “dramatis personae”, la misma dialéctica que hemos venido sufriendo durante largos años genera desconsuelo, inquietud y, sobre todo,

un profundo aburrimiento. La radicalización se ha instalado en el conjunto de la sociedad española con una sola e importantísima excepción que hay que destacar desde el primer momento: el diálogo social, un diálogo en el que los sindicatos y los empresarios vienen dando un esplendoroso ejemplo de convivencia civilizada y eficaz. Son dos estamentos que merecen un especial reconocimiento porque están ayudando de una forma decisiva a nuestro desarrollo económico. Sin el clima que han sabido crear –y recrear cuando ha sido necesario– nuestra situación actual no sería ciertamente la misma sino claramente peor. Mirando al futuro, ese buen diálogo es uno de nuestros activos más sólidos y más serios.

Hay que mantenerlo y parece que se va a mantener.

Los ejemplos negativos desgraciadamente son muchos. Los más importantes afectan a tres áreas: lucha antiterrorista, política exterior y justicia.

Vamos a ver si en todas ellas podemos cambiar la deriva actual porque si tuviéramos éxito, España daría un salto de gigante en todos los órdenes.

Un país como Alemania, al sentir que los problemas económicos y sociológicos complicaban su posición en el mundo, buscó en la “grosse koalitionem” una solución radical que, por el momento, les va dando resultados muy positivos. No es cuestión de sugerir una solución

similar en España –aunque a mucha gente le gustaría– pero sí de plantearnos, en serio, cómo recuperar

un funcionamiento político razonable. Cuando el interés colectivo supera con mucho a los intereses partidistas, el consenso no es una mera alternativa a considerar, es una obligación pura y dura. Hay, en este sentido, algunos signos de que las cosas podrían mejorar. Pero sería irresponsable fiarse al cien por cien. La sociedad tendrá que vigilar, día a día, el comportamiento de un estamento que tiene pendiente, más que ningún otro, un proceso de modernización.

En cualquier caso, habrá que afirmar que si el mundo político, y también el mediático, se comportan de manera razonable, la situación, sin dejar de ser difícil, puede cambiar de signo y convertirse en una ocasión perfecta para racionalizar algunos sectores, reformar varias instituciones y mejorar a fondo nuestra baja productividad, competitividad e internacionalización. Tenemos que estar preparados, desde ya, para aprovechar una nueva época de crecimiento que vendrá antes de lo que los pesimistas institucionales y los sectarios fanatizados piensan.

**Quando
el interés
colectivo supera con
mucho a los intereses
partidistas, el consenso no
es una mera alternativa a
considerar, es una
obligación pura y
dura**